mismo condiciones bastantes para libertarse de la opresión de las dolencias que devoran sus fuerzas morales.

Porque en este vasto problema nacional no hay otra cosa que un vasto problema moral, y no hay como dejar de considerarlo así si se quiere que la experiencia sufrida sea fecunda en saludable lección. Tal vez no lo estiman de este modo los que andan en el ruido de la tormenta con interés no bien descubierto; pero hay quienes no deben—por imperiosa obligación—engañarse respecto a la naturaleza verdadera de este grande interés público: ni el maestro que hace ideas y forma espíritus, ni el padre que desea hijos buenos; ni el hombre que por juicio excelente y resolución noble, quiere contribuir en hacer patria prestigiada, hogar de justicia para albergue de hombres libres.

RÓMULO TOVAR

Tolle, Lege!

HACE un siglo, cualquier miembro de la Academia Francesa de las Ciencias podía entender, *grosso modo*, la mayor parte de las comunicaciones hechas por sus colegas. Hoy, es raro que el astrónomo o el físico puedan comprender mucho de un trabajo presentado por un botánico, un geólogo o un químico. Tal es la extensión abarcada por la ciencia moderna, tal es el prodigioso número de hechos nuevos acumulados durante un siglo por millares de investigadores que, aun dentro de su misma ciencia especial, el sabio se siente cada día más ajeno a todo lo que no es el capítulo a que ha dedicado sus esfuerzos. Él no ha olvidado quizá nada de lo que aprendió en su juventud, pero lo que aprendió en su juventud no es nada comparado con lo que se sabe hoy. Quien se queda satisfecho con los conocimientos adquiridos en las escuelas se queda atrás. Quien quiere progresar tiene que estudiar durante toda la vida. Se ha dicho frecuentemente que la escuela debe preparar para la vida práctica; sí, pero bajo una condición: es que la vida práctica entera no sea más que una preparación para la escuela. En mi concepto el estudio debe ser ante todo, no un medio sino un fin. Adelantar, desarrollarse, irse para arriba, en eso yace el objeto supremo de la vida humana. Me ha parecido algunas veces que la escuela moderna, tanto la primaria como la secundaria, en Europa como en América, pierde de vista este objeto, la necesidad imperiosa del estudio después de las aulas, y se considera como suficiente en sí, en lugar de considerarse como un simple prólogo al Libro de los conocimientos. Los alumnos que de ella salen no me parecen tener siempre por ideal: saber, y saber más hoy que ayer. En los Estados Unidos se proclaman algunas veces felices de haber «concluido sus estudios». En Europa son generalmente instruidos pero no siempre estudiosos. Han aprendido bastantes cosas útiles pero no siempre han aprendido a aprender.

No han aprendido a aprender, es decir, a leer. El trabajo del laboratorio, la investigación de la naturaleza constituyen la contribución original del sabio hacia el progreso de la ciencia; pero, para saber lo que otros han hecho, en todos los países y en todos los tiempos, no hay más que el Libro. De ahí viene que los hombres pueden dividirse en dos clases separadas por un abismo intelectual: los que leen y los que no leen o, lo que es peor todavía, que leen cosas inútiles. Los hombres estudiosos, en el tiempo de Sócrates, eran hombres que escuchaban; hoy son hombres que leen.

Y no creo de ningún modo que la obligación de leer para progresar sea justificada únicamente en el caso de aquellos hombres que se proponen ser «sabios» y pueda ser rechazada sin inconveniente por aquellos hombres cuyo objeto es ante todo hacerse ricos. No hay hoy profesión que no exija cada día mayor suma de conocimientos. Los agricultores, los industriales que más contribuyen al desarrollo económico de un país no son los que hacen las cosas exactamente como siempre han sido hechas, sino los que leen, los que reciben periódicos o libros técnicos publicados en el interés de la profesión que ejercen. Son aquellos que se mantienen al corriente de los últimos progresos realizados y que no temen aplicarlos. Hace pocas semanas un ingeniero que posee una finca cerca de Orotina me dirigió preguntas acerca de la posibilidad de hidrogenar el aceite de palma para transformarlo en grasa comestible, preguntas a las cuales no pude contestar satisfactoriamente por no haber leído yo todo lo que se había publicado sobre la materia. Pocos días antes, un joven me preguntó si sería posible y provechoso fabricar en Costa Rica, por electrolisis, con la sal marina de Puntarenas, la soda cáustica, que se importa en cantidades considerables para la fabricación del jabón. ¿Qué se hará de estos proyectos? No lo sé, pero si sé que si uno de ellos se realiza, habrá sido realizado por uno de aquellos hombres que nunca dejaron de leer después de su salida de las escuelas.

Desarrollar en la juventud la afición a la lectura; cultivar en ella el discernimiento de lo que debe leerse y de lo que no debe leerse si se quiere aprovechar el tiempo, debiera ser el objeto principal de las escuelas secundarias y aun primarias. No hay dificultades insuperables en lograr tal objeto. El joven adquiere costumbres, buenas o malas, con una facilidad maravillosa. Es aun más fácil darle la costumbre de leer que la de fumar o de beber; él tiene, por naturaleza, mayor inclinación hacia las hermosas ilustraciones de un libro de viajes que hacia las nauseas que siguen al primer cigarro. Lo único necesario para hacer de cada alumno un aficionado a la lectura son libros buenos, interesantes y numerosos, cuidadosamente escogidos para que la mayor parte de ellos tengan relación con una u otra de las asignaturas enseñadas en la escuela, y, sobre todo, de parte del profesor, una alta idea de la misión del Libro durante la vida entera y esfuerzos constantes para que cada alumno lea.

Y tales esfuerzos, hechos por los profesores en vista del porvenir, después de la escuela, no son hechos al costo del presente, en la escuela. Quiero decir que, lejos de sufrir de las lecturas asiduas de los alumnos, la escuela las puede y las debe aprovechar. Bien escogidos los libros logran conciliar estas dos cosas, en apariencia opuestas: el recreo y la adquisición de conocimientos. Los pedagogos no me parecen comprender un hecho cuya exactitud reconocerán seguramente un día, y que creo llamado a modificar hondamente nuestra enseñanza primaria, a saber que la selección natural practicada por nuestra civilización moderna no ha obrado durante bastante tiempo para desarrollar en el niño aptitud para la educación que le damos hoy. Hace sólo algunos siglos que se le enseña a leer, escribir y contar. Durante millares de siglos se le ha enseñado únicamente a cazar, es decir, a arrojar proyectiles, correr, luchar y trepar árboles. En todos las cavernas del período paleolítico, los únicos instrumentos que se encuentran son de cacería; no hay ni un solo instrumento de agricultura. Un resultado inevitable de la diferencia enorme de tiempo en que han sido puestos en práctica dos métodos tan diferentes de educación, es que en el niño la selección se ha hecho para lo segundo, todavía no para lo primero. Durante los períodos paleolíticos y neolíticos, aquellos niños que no tenían afición para la caza y los ejercicios físicos que hacen un buen cazador, al llegar a la edad de casarse, no eran

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "